Solsticio de Invierno

by Queen Khione

Category: Brave, 2012, How to Train Your Dragon
Genre: Romance
Language: Spanish
Status: Completed
Published: 2015-02-13 00:21:17
Updated: 2015-02-13 00:21:17
Packaged: 2016-04-27 07:32:29
Rating: T
Chapters: 1
Words: 9,047
Publisher: www.fanfiction.net
Summary: Todos los aÃ±os, la vÃ-spera del solsticio de invierno, el rey reunÃ-a a sus nobles en el castillo de Dunbroch para conmemorar el aniversario de su coronaciÃ³n. HabÃ-a justas durante el dÃ-a y un gran banquete con mÃºsica y danza por la noche. Pero a Hiccup nada de ello le importaba, porque su Ãºnica razÃ³n para asistir; era ver a la Princesa de Escocia.

Solsticio de Invierno

QuizÃ¡s, muchos de ustedes se espanten por la cantidad de palabras que tiene este one-shot. QuizÃ¡s demasiadas, pero, la verdad es que me vi tan inspirada que no pude evitar escribir. Me inspirÃ© en el primer pÃ¡rrafo de mi libro favorito que cabe la casualidad que tambiÃ©n es el primero de esta historia, lo demÃ¡s es netamente mÃ-o. Antes de que se marchen, los invito a leerla, puse de mi mayor esfuerzo para lograr la esencia de los personajes.

Los personajes han sido creados por DreamWorks y Disney. No me pertenecen en lo absoluto.

* * *

><p>.<p>

.

.

Todos los aÃ±os, la vÃ-spera del solsticio de invierno, el rey reunÃ-a a sus nobles en el castillo de Dunbroch para conmemorar el aniversario de su coronaciÃ³n.

HabÃ-a sido asÃ- desde que tenÃ-a memoria. Todos los reyes de Escocia habÃ-an ascendido al trono en el solsticio de invierno, incluso si sus predecesores fallecÃ-an en cualquier otro momento del aÃ±o. Por ello, con el tiempo, la celebraciÃ³n se habÃ-a vuelto cada vez mÃ¡s

festiva y menos solemne. HabÃ-a justas durante el dÃ-a, y un gran banquete con mÃºsica y danza por la noche. Los barones del rey acudÃ-an con sus familias y sirvientes, por lo que, durante un par de jornadas, el castillo era un autÃ©ntico hervidero de gente.

En las afueras, bordeando el pueblo miles de comerciantes de otros reinos acudÃ-an a Escocia vendiendo alimentos, artÃ-culos, joyas, cuadros, ropas, todo aquello que podÃ-a caer en la imaginaciÃ³n. RespirÃ¡ndose aquel aire de festividad tan caracterÃ-stico de aquel paÃ-s de las Tierras Altas.

Hiccup y su padre, Estoico el vasto, asistÃ-an cada aÃ±o, nunca habÃ-an faltado a la fiesta del solsticio de invierno, ni siquiera cuando el joven vikingo perdiÃ³ su pierna tras esa batalla con un dragÃ³n de proporciones estratosfÃ©ricas. A pesar de que muchos nobles, atraÃ-dos por la curiosidad, preguntaban la razÃ³n de su pÃ©rdida: Estoico respondÃ-a serio y con cortas palabras de que fue por un mero accidente, pero sin dejar de demostrar su tristeza por ello. Los dragones eran su mÃ¡s preciado secreto y no deseaba el paÃ-s de Berk revelarlo a nadie. A excepciÃ³n del rey, del cual compartÃ-a una estrecha relaciÃ³n. El Rey Fergus invitaba cada aÃ±o a Estoico y a su hijo.

Todo el mundo se preguntaba del por quÃ© siempre eran invitados especiales; pero sus preguntas se esfumaban casi tan rÃ¡pido de haber sido formuladas. Puesto que nadie sabÃ-a lo suficiente de aquel paÃ-s, era un misterio muy bien guardado del cual ellos no podÃ-an alimentarse para crear mÃ¡s cuestionamientos.

Sin embargo, algo habÃ-a cambiado en Hiccup este aÃ±o. No estaba animado, ni deseoso de probar los exquisitos platos especiales que se preparaban para la celebraciÃ³n. HabÃ-an tenido la obligaciÃ³n de viajar en barco, y pisando tierra terminar el resto del viaje en un carruaje que el mismo rey llamÃ³ a pedir para Ã©l y su padre. Le encantaba Ã©sta fiesta en particular, desde que era pequeÃ±o, pero por una extraÃ±a razÃ³n esta vez no estaba lo suficientemente contento para sentirse a gusto.

RecordÃ³ el por quÃ© y una agria sonrisa cruzÃ³ su rostro, mientras apoyaba su mentÃ³n en una de sus manos y observaba los extensos prados de Escocia deslizarse por la ventanilla del carruaje. SuspirÃ³ y su padre lo notÃ³.

â€”Â¿QuÃ© sucede, hijo?â€”el hombre se inclinÃ³ hacia Ã©l con preocupaciÃ³n.

â€”Nadaâ€”fingiÃ³ una sonrisaâ€”Â¿Por quÃ© preguntas?

â€”Te conozco y me resulta extraÃ±o verte asÃ- ahora. A ti te agradaban mucho Ã©stas fiestas del rey: tÃº mismo me lo habÃ©is dicho.

â€”Es por Toothlessâ€”murmurÃ³ bajando la miradaâ€”Espero que lo cuiden bien.

RespondiÃ³ mientras entrelazaba sus propias manos y unÃ-a sus pulgares, como si pensara en Ã©l; no era una mentira despuÃ©s de todo, en realidad sÃ- estaba preocupado por su dragÃ³n y cada vez que debÃ-a ausentarse por la festividad del solsticio de invierno le venÃ-a una afligida sensaciÃ³n luego de la separaciÃ³n. Toothless era

mucho mÃ¡s que un simple dragÃ³n: se convirtiÃ³, con el paso del tiempo, en un amigo. En un amigo de verdad.

Estoico sonriÃ³ con alegrÃ-aâ€”Te preocupas demasiado. Gobber lo cuidarÃ¡ como se lo merece, no te hizo esa promesa por nada, Â¿verdad?

Hiccup asintiÃ³ un tanto aliviadoâ€”Tienes razÃ³n...

Justo en ese momento, las palabras de Hiccup se vieron interrumpidas ante las atronadoras canciones provocadas por los mÃºsicos; mostrando a todos sus elaboradas gaitas que inundaban la entrada del castillo con aquellas melodÃ-as tan propias de Escocia. A pesar de que el ruido era un tanto molesto, Hiccup igualmente disfrutaba de la mÃºsica.

ObservÃ³ a los artistas que se alejaban lentamente a medida que el carruaje avanzaba y, de pronto, el castillo apareciÃ³: majestuoso e inexpugnable. SonriÃ³ de medio lado con una leve melancolÃ-a, el castillo seguÃ-a igual durante los aÃ±os, y cada vez que Ã©l lo contemplaba le parecÃ-a tan fantÃ¡stico como la primera vez que lo vio. El Ãºnico que cambiaba a travÃ©s del tiempo era Ã©l. TenÃ-a veinte aÃ±os y aÃºn se sentÃ-a como un niÃ±o cada vez que admiraba aquel edificio.

QuizÃ¡s, pensÃ³, _Ã©ste aÃ±o serÃ¡ algo mÃ¡s divertido._

De lo que mÃ¡s disfrutaba Hiccup de la celebraciÃ³n: eran las historias de los juglares, siempre trataban sobre grandes hazaÃ±as realizadas por los caballeros en campos de batalla, cuentos mÃ¡gicos y, a veces, se sonreÃ-a con complicidad cuando aparecÃ-an en aquellos relatos los dragones. HabÃ-an muchos trovadores que paseaban por los alrededores del castillo, pero sÃ³lo uno era invitado y era el mÃ¡s destacado de todos. El mÃ¡s viejo, alegre y sabio. Sus historias atravesaban fronteras y no habÃ-a persona que no le admiraba. Su nombre era: Odric y provenÃ-a de un reino desconocido. SegÃºn Ã©l era un pueblo que se ubicaba en el principio del mundo y desde allÃ- las montaÃ±as crecÃ-an, los rÃ-os se dispersaban y los mares se extendÃ-an.

A Hiccup le resulta a gracioso escucharlo, sobretodo porque acompaÃ±aba sus relatos con una pequeÃ±a lira que traÃ-a entre sus brazos delgados. Sus gesticulaciones eran exageradas, pero no molestas y hacÃ-a uso de una voz tan misteriosa y elocuente que prÃ¡cticamente anonadado fijaba sus ojos en el juglar. De repente se vio sacudido por la emociÃ³n y, cuando por fin el viaje terminÃ³, Hiccup saltÃ³ hacia la tierra con ligereza mientras alzaba sus brazos para estirarse.

â€”Es aburrido tener que ver cÃ³mo los demÃ¡s te llevan a algÃºn lugarâ€”dio movimientos circulares para relajar su cuelloâ€”Con Toothless es diferente...

PercibiÃ³ la mirada seria de su padre y callÃ³ en el acto, un tanto arrepentido. Se le habÃ-a olvidado que los dragones debÃ-a mantenerlos en secreto.

Estoico se bajÃ³ con lentitud del carruaje y agradeciÃ³ al cochero por las amabilidades, sin olvidar antes entregarle unas monedas de propina. Una vez retirado, el lÃ-der vikingo se dirigiÃ³ a su

hijoâ€”Â¿CuÃ¡ndo aprenderÃ¡s? Estamos frente a personas medianamente normales.

â€”PerdÃ³n, pero es poco agradable, Â¿no crees?â€”se cruzÃ³ de brazosâ€”No puedo hablar a nadie de mis hazaÃ±as, porque nadie cree en los dragones.

Estoico hizo oÃ-dos sordos pero le dedicÃ³ una mirada llena de burla a su hijo Ãºnicoâ€”Ya encontrarÃ¡s a una chica con la cual coquetear. Pero por el momento, no metas la pata.

Hiccup frunciÃ³ el entrecejo, lo que le faltaba. Ahora su padre le restregaba en la cara su peor vergÃ¼enza. AÃºn asÃ-, nunca fue del todo soltero, tuvo una relaciÃ³n cuando tenÃ-a quince aÃ±os, pero ante su inmadurez se fue de picada y decidieron ambos que debÃ-an crecer primero. Independientemente de aquello, Hiccup no era un creÃ-do que le gustaba decir a muchachos de su misma edad los problemas de los cuales Ã©l tuvo que enfrentar. Era reservado y a veces en extremo, porque incluso le costaba demostrarlo frente a su padre. Su peor fantasma era la inseguridad, y el joven vikingo al haber crecido en un ambiente donde nadie le escuchaba lo suficiente, con el tiempo abrir la boca y contar sus preocupaciones le era una pÃ©rdida de tiempo.

Ahora las cosas habÃ-an cambiado para bien. Todo a su alrededor: el pueblo, la gente, hasta su padre tuvieron una fugaz modificaciÃ³n en su forma de dirigirse a Ã©l, Hiccup tambiÃ©n sufriÃ³ cambios en su adolescencia, pero seguÃ-a siendo _ese _extraÃ±o ermitaÃ±o.

Meditando aquello, el joven sonriÃ³, recordando sus aventuras y todo el trabajo que le quedaba por hacer luego de la fiesta del Rey Fergus. HabÃ-an muchas tierras que faltaban por ser exploradas.

Cuando Ã©l y su padre desmontaron en el patio acudieron rÃ¡pidamente al salÃ³n del trono para rendir pleitesÃ-a a la familia Ãºnmente, la familia entera yacÃ-a reunida en sus respectivos lugares, pero Hiccup notÃ³ que a la izquierda del Rey el trono de la Princesa estaba vacÃ-o. Dio la reverencia y despuÃ©s junto a su padre, se reunieron con los demÃ¡s nobles en la explanada donde se iban a celebrar las justas.

Detestaba esas competencias, las encontraba demasiado bobas, observÃ³ todo con un fingido interÃ©s, pero su atenciÃ³n se dirigiÃ³ a otra parte: allÃ- en un lugar privilegiado se encontraba el Rey y la Reina. Pero, incluso en ese momento, la princesa de Escocia no se encontraba en su sitio. Hiccup torciÃ³ el gesto, estaba al tanto que MÃ©rida era un tanto malcriada...o _quizÃ¡s mucho_. Era incorregible y a veces, cuando Ã©l la miraba de reojo, entremedio de los demÃ¡s nobles, la veÃ-a rodear los ojos a menudo, bufarse, reÃ-rse de manera estrepitosa y, avanzada la noche no hablaba con nadie. No era participativa ni siquiera cuando era momento de los bailes. Hiccup la recordÃ³ con un agrio sabor en la boca, MÃ©rida tenÃ-a catorce aÃ±os y supuso que por aquella edad las mujeres se volvÃ-an mÃ¡s incontrolables.

De todas formas, poco y nada hablaba con ella, sus padres eran amigos, pero jamÃ¡s la muchacha mostrÃ³ interÃ©s en hablarle. Casi, creÃ-a Ã©l, lo consideraba una sombra. Por ello cada vez que iba a la

fiesta del solsticio de invierno la imagen que tenÃ-a de la princesa se deterioraba un poco; se preguntÃ³ cÃ³mo lucirÃ-a ahora, si habÃ-a crecido y madurado o, por el contrario, si seguÃ-a con sus comportamientos de niÃ±a. Se rumoreaban muchas historias de ella que incluso habÃ-an llegado a los oÃ-dos del aislado pueblo de Berk. Se decÃ-a que desesperada por no contraer matrimonio convirtiÃ³ a su madre en una osa y asÃ- evitÃ³ los acuerdos entre los clanes del Reino; se decÃ-a tambiÃ©n, que arrepentida por su orgullo, luchÃ³ contra el miedo y lograÃ³ con victoria eliminar el embrujo del cual su madre se vio afectada.

Era fuerte y tenaz, alegre y servicial, independiente. Todo lo que una princesa normal no era. QuizÃ¡s, ante eso Hiccup la admiraba un poco en secreto. Pero, Hiccup no sabÃ-a el por guÃ© de sus pensamientos: cuando se trataba de MÃ©rida sentÃ-a algo demasiado contradictorio en su interior, puesto que ella parecÃ-a ser una caja de sorpresas.

Que estÃºpido eres, se dijo a sÃ- mismo con una oleada de vergÃ¼enza. Â¿QuÃ© hacÃ-a pensando en ella? Nunca entablaron una conversaciÃ³n muy duradera, ni siquiera una amistad. Y entonces Â¿por quÃ© le molestaba tanto que MÃ©rida no estuviese en la fiesta?

ApoyÃ³ uno de sus brazos en su pierna derecha y se cubriÃ³ el rostro. Ocultando su turbaciÃ³n interior, esa extraÃ±a emociÃ³n que le recorriÃ³ el cuerpo cuando miles de voces se escucharon al unÃ-sono, pronunciando una sola y clara palabra.

La princesa, con la frente en alto apareciÃ³ en la entrada de las justas, donde los caballeros hacÃ-an su presentaciÃ³n antes de competir. MÃ©rida con una sonrisa llena de alegrÃ-a alzÃ³ su brazo derecho recibiendo una calurosa ovaciÃ³n, dio un salto y los caballeros gritaron a viva voz su nombre, uniÃ©ndose en el camino algunos nobles, escuderos y aldeanos. La muchacha pelirroja caminÃ³ con sencillez hacia su posiciÃ³n, donde un sÃ©quito de dianas estaban alineadas en el fondo de la arena.

â€”Â¡Esa es mi hija!â€”exclamaron los reyes, mientras los trillizos saltaban de sus puestos animando a su hermana mayor.

Hiccup contuvo su emociÃ³n y estirÃ³ el cuello disimuladamente para apreciarla mejor. Y, con los ojos bien abiertos descubriÃ³ a la muchacha de la que tanto se hablÃ³. Hiccup palideciÃ³; sus ojos verdes no contemplaron a una niÃ±a de catorce aÃ±os, sino a una joven de carismÃ¡tica belleza. HabÃ-a crecido, su rostro, sus orbes, su postura cambiaron. Incluso sus movimientos, seguÃ-a siendo poco femenina, pero en su aura ya estaba posada la incipiente madurez. Era una mujer.

â€”Â¿QuÃ© tienes, Hiccup?â€”riÃ³ su padre, entre el ruido de un pÃºblico frenÃ©ticoâ€”Â¡Si vieras tu cara ahora!

El joven vikingo se incorporÃ³, abatido. Â¡No podÃ-a suceder aquello! Â¡Menos en ella!

â€”Â¿QuÃ© edad tiene la princesa?â€”dijo, un tanto desconfiado de sus sentidos.

â€”Ha cumplido los dieseis aÃ±os hace un par de meses.â€”respondiÃ³

con simpleza Estoico. El joven desviÃ³ la mirada y se topÃ³ con la pelirroja nuevamente que sacaba con elegancia una flecha de su carcaj.

â€”Primera prueba: _Â¡cincuenta pasos!â€”_gritÃ³, un anciano que estaba sobre un escalÃ³n que le daba altura. Los expectantes automÃ¡ticamente guardaron silencio; admirando cada mÃ-nimo instante. MÃ©rida competÃ-a con igualdad de condiciones contra los hombres dedicados a la arquerÃ-a. La nobleza, con altivez observaba a la muchacha, esperando con ansiedad comprobar si todas esas historias fantÃ¡sticas que se contaban de ella eran ciertas.

Un silencio sepulcral se apoderÃ³ de la explanada e Hiccup, con un nudo en la garganta, fue uno de los tantos testigos de la competencia y se sorprendiÃ³ a Ã©l mismo del profundo deseo que emergiÃ³ de su interior: querÃ-a que ella ganara, sin problemas, que fuera la mejor. Que en su gloria MÃ©rida gozara de buenas miradas y airosas palabras de una vez por todas. ApretÃ³ la tela de sus tejanos en un puÃ±o, aÃ±orando la victoria de MÃ©rida. Estoico percibiÃ³ el nerviosismo de su hijo y, con el ceÃ±o fruncido, siguiÃ³ con la mirada la direcciÃ³n de los ojos de Hiccup. SonriÃ³ con complicidad, desde que era pequeÃ±o el joven siempre se habÃ-a sentido un tanto atraÃ-do por la muchacha. Incluso, cuando la princesa tenÃ-a seis aÃ±os y Ã©l diez, la miraba y se preocupaba de ella. Fueron amigos, y en todas las fiestas del solsticio de invierno Hiccup se marchaba un tanto deprimido por la despedida. Pero, en aquel entonces la mente de MÃ©rida borrÃ³ algunos recuerdos y la comunicaciÃ³n entre ellos se cortÃ³, porque se dio cuenta que el vikingo no era tan bueno en los deportes, y estaba todo el dÃ-a con un libro bajo sus brazos.

Estoico relajÃ³ su postura, mientras veÃ-a cÃ³mo la princesa daba, prueba tras prueba en el blanco. Era increÃ-ble, pensaba Hiccup.

La Ãºltima prueba era de cien pasos de distancia; y sÃ³lo quedaba ella y un hombre que estaba cercano a los veinticinco aÃ±os. La muchacha sonriÃ³ y estirÃ³ su mano para estrecharla con su competidor.

â€”Que gane el mejorâ€”le alentÃ³ y sus labios se curvaron aÃºn mÃ¡s. Pero todos los habitantes de Escocia sabÃ-an que su princesa ganarÃ-a. MÃ©rida se irguiÃ³ en su puesto y estirÃ³ la flecha hacia su mejilla, manteniendo la calma que se veÃ-a amenazada ante los fuertes latidos de su corazÃ³n. La vista se le nublÃ³ un momento, pero se obligÃ³ a concentrarse, estuvo demasiado tiempo convenciendo a su madre para participar en las justas, ahora no podÃ-a darse el lujo de echarlo todo a perder. EsperÃ³ el mandato y, segundos despuÃ©s, el anciano ordenÃ³ que dispararÃ¡n.

MÃ©rida lo hizo, con el alma en un hilo y cuando lograÃ³ divisar la diana cien pasos mÃ¡s allÃ¡ de ella; sintiÃ³ una oleada de alivio. Dio en el blanco y cuando observÃ³ a su contrincante su sonrisa se acentuÃ³ mÃ¡s al darse cuenta que habÃ-a ganado.

GritÃ³ de la emociÃ³n alzando sus brazos y su arco; de manera automÃ¡tica la gente de Escocia gritÃ³ su nombre ante su victoria. Hiccup, sin darse cuenta, se levantÃ³ de su asiento, maravillado por el don de la princesa. El noble se alejÃ³ rÃ¡pidamente y se marchÃ³ sin una sola palabra. MÃ©rida sabÃ-a que debÃ-a darle las gracias por aquella competencia al joven, pero su atenciÃ³n estaba en deleitarse

de cÃ³mo el pÃºblico la homenajeaba por su logro.

Hiccup aplaudiÃ³, y se sentÃ³ nuevamente en su lugar, sin dejar de desviar la mirada de MÃ©rida, quiÃ©n saltaba de la emociÃ³n.

.

El rey Fergus decidiÃ³ realizar el banquete en honor a su hija, aquella hazaÃ±a logrÃ³ devorar los rumores negativos y comprobar todas las historias que relataban de la valentÃ-a de la joven pelirroja. Su habilidad en el arco era extraordinaria, y cuando la princesa llegÃ³ al salÃ³n del trono vestida con ropas pudientes todos los nobles y los barones del rey se acumularon a su alrededor. MÃ©rida sonreÃ-a a penas, mientras respondÃ-a las preguntas y agradecÃ-a por los cumplidos. Hiccup, a comparaciÃ³n de ellos, se quedÃ³ en la lejanÃ-a; observando aquella escena: parado inÃºtilmente frente una mesa donde exuberantes bebidas estaban a disposiciÃ³n de los invitados. TorciÃ³ su labio malhumorado: no habÃ-a tenido el valor de acercarse y felicitarla. El sÃ³lo hecho de pensarlo le parecÃ-a una pÃ©rdida de tiempo: no se conocÃ-an y hablarle en privado era demasiado arriesgado, ya que se creÃ-a lo suficientemente torpe como para no encontrar las palabras adecuadas al momento de dirigirse a ella, y ante su nerviosismo serÃ-a incapaz de guiar la conversaciÃ³n hacia temas mÃ¡s interesantes.

Hiccup le agradaba hablar de proyectos, de los dragones, de tierras desconocidas. Porque su espÃ-ritu fue bendecido con ansias de explorar y descubrir. GirÃ³ con aburrimiento el contenido de su vaso, casi parecÃ-a extraÃ±ar esas tardes tediosas donde su padre le hablaba cÃ³mo ser un buen lÃ-der. Las horas pasaron y el muchacho observaba de vez en cuando la posiciÃ³n del sol, incluso el relato de Odric, por primera vez en su vida le pareciÃ³ un tanto aburrido. VeÃ-a cÃ³mo algunos muchachos se le acercaban a la Princesa, pero, para su fortuita suerte MÃ©rida parecÃ-a ignorarlos. Hiccup sonriÃ³ por eso, seguÃ-a siendo tan terca al igual que siempre. Aun asÃ-, hubiera sido mucho mejor que la muchacha le hubiese hablado a Ã©l.

Sin darse cuenta, cuando la luna comenzaba alzarse lentamente por un cielo anaranjado y pÃºrpura: las parejas y la mÃºsica inundaron cada rincÃ³n del salÃ³n. Los vestidos parecÃ-an grandes cortinas que se deslizaban a centÃ-metros del suelo, volteando al compÃ¡s de la mÃºsica, con sus propias trayectorias.

â€”Â¿Por quÃ© no invitas a una chica a bailar?

Haddock gruÃ±Ã³.

â€”No graciasâ€”alzÃ³ la cabeza para observar la prepotente figura de su padre, pero la luz del candelabro lo cegÃ³ de inmediato, reprimiÃ³ una maldiciÃ³n.

â€”Â¿EstÃ¡s cansado?

AsintiÃ³ al paso que masajeaba sus agotados ojosâ€”Ya es tarde, y no he dormido nada la noche anterior.

Estoico riÃ³ con fuerzaâ€”EstÃ¡ bien; si querÃ©is marcharos puedes hacerlo.

â€”Â¿De verdad?

El hombre afirmÃ³ con una sonrisaâ€”Â¿Quieres que te acompaÃ±e a la habitaciÃ³n?

â€”No te preocupes, tÃº disfruta de la comidaâ€”Hiccup se levantÃ³ de su puesto y se despidiÃ³ de su padre antes de evadir con cuidado a las parejas que bailaban delicadamente por todo el salÃ³n. Se sintiÃ³ terrible, pero poco le importÃ³, se llevÃ³ una mano hacia sus ojos; estaba cansado y un insoportable dolor de cabeza le amenazÃ³ desde la tarde con desanimarle el dÃ-a. En realidad, la causa de su insomnio eran las responsabilidades que se le avecinaban en el recodo de su vida; las expectativas que el pueblo se formulaba con Ã©l y ese incesante suplicio de descubrir, de crear, temÃ-a que su principal objetivo de encontrar otro furia nocturna se viera aplacado por esos deberes de adulto.

SuspirÃ³, convencido de que ruido de la celebraciÃ³n lo habÃ-an hostigado demasiado, pero mientras subÃ-a las escaleras en forma de caracola, algo lo detuvo. De pronto, una extraÃ±a idea se formulÃ³ en su mente; las tierras que le faltaban por explorar eran Ã©stas mismas, y las que se extendÃ-an mÃ¡s al sur. Tal vez era algo apresurado, considerando que los dragones no husmeaban por estos lados, pero no podÃ-a permitirse descartarlo por completo. CogiÃ³ el libro que siempre traÃ-a consigo y lo anotÃ³ con rapidez.

â€”Â¿QuÃ© haces aquÃ-?

Hiccup alzÃ³ la cabeza, asustado de que la repentina voz lo pillara por sorpresa.

â€”Â¿Eh...?

EntrecerrÃ³ los ojos, la obscuridad del lugar le impedÃ-a ver con claridad, y entonces escuchÃ³ cÃ³mo una carcajada plena de gracia llenÃ³ sus oÃ-dos.

MÃ©rida subiÃ³ los cinco escalones que le separaba del muchacho.

â€”Te he preguntado quÃ© estÃ¡is haciendo aquÃ-â€”ella se puso frente a Ã©l y la Ãºnica antorcha que estaba pegada a la pared iluminÃ³ tenuemente su rostro lÃºcido. Sus rizos rojizos destellaron leves brillos.

â€”Hem...ideas.

â€”Â¿Sois poeta?â€”MÃ©rida preguntÃ³ con curiosidad, ladeando su cabeza.

â€”Â¡No, no!â€”se apresurÃ³ a decir Hiccupâ€”Soy explorador, intento descubrir nuevas tierras.

Ella asintiÃ³, como si el interÃ©s se difuminara de su rostro.

â€”Y usted, Altezaâ€”cerrÃ³ su libro, evitando de todo corazÃ³n que la conversaciÃ³n no se enfriaraâ€”Â¿No deberÃ-a estar bailando?

MÃ©rida arrugÃ³ su nariz con disgustoâ€”Â¡Ni hablar!, bailar con esos

creÃ-dos...â€”resoplÃ³â€”Dime MÃ©rida, boberÃ-as de protocolo son pÃ©rdida de saliva.

Hiccup no se sorprendiÃ³ de sus palabras.

â€”Un gusto, MÃ©rida.

La muchacha le mirÃ³ a los ojos para encontrarse con una radiante sonrisa.

â€”El placer es mÃ-o, Hiccupâ€”ella hizo una burlona reverencia: levantando a penas los dobleces de su vestido pÃºrpura.

â€”Â¿CÃ³mo sabes mi nombre?

â€”Fue por estoâ€”MÃ©rida tuvo el atrevimiento de acercar su mano a la de Hiccup y tocar el recubrimiento de cuero de la libreta con la yema de sus dedos, reciÃ©n en ese entonces el joven vikingo fue consciente de la cercanÃ-a de la princesa. Ella alzÃ³ su mirada azulinaâ€”TÃº eras el niÃ±o silencioso que traÃ-a siempre Ã©stas libretas. Veo que no se te ha quitado esa costumbre...

Hiccup bajÃ³ la mirada, un tanto cohibido. ApreciÃ³ a la muchacha y descubriÃ³ que en Ã©sta oportunidad a comparaciÃ³n de otras veces vestÃ-a tan delicadamente que parecÃ-a una muÃ±eca de porcelana. Esperaba otra respuesta para ser sincero como: Â«Te reconocÃ- por tu piernaÂ». Y no pudo evitar sentirse feliz de que la pelirroja lo recordara.

â€”Pero, me costÃ³ trabajo; has cambiado demasiado.â€”agregÃ³ ella, adoptando un semblante risueÃ±o.

â€”TÃº tambiÃ©n.

â€”Â¿Lo crees?â€”levantÃ³ las cejas.

â€”SÃ-, la niÃ±a de catorce aÃ±os te dejÃ³ por completo.

â€”Auch.

Un deje de tristeza se posÃ³ fugazmente en el rostro de la muchacha, mostrando cuÃ¡nto le afectaron aquellas palabras, el joven vikingo se tensÃ³, culpable, puesto que pudo notar la congoja de la joven. Genial, Â¡metiÃ³ la pata!

â€”Lo siento...

MÃ©rida negÃ³ con la cabeza, restÃ¡ndole importanciaâ€”Lamentablemente no podemos ser niÃ±os por siempre.

Haddock bajÃ³ la cabeza mientras veÃ-a cÃ³mo los pliegues del vestido de MÃ©rida rozaban sus tejanosâ€”Creo que somos dos, me lamento de lo mismo.

SuspirÃ³ y se apartÃ³ un flequillo castaÃ±o de los ojos cuando resoplÃ³ con disconformidad. MÃ©rida le mirÃ³ con curiosidad y se sonrojÃ³ levemente cuando notÃ³ la abrupta cercanÃ-a que compartÃ-an ambos. DeseÃ³ alejarse pero se interrumpiÃ³ al tener una brillante

idea. RÃ¡pidamente tomÃ³ las manos del joven.

â€”Â¡Ven conmigo!

Haddock abriÃ³ los ojos de par en par por la repentina sugerenciaâ€”Â¿QuÃ©?

â€”Oh, por favor. Tienes cara de aburrido, Â¿por quÃ© no le damos una bienvenida al invierno mÃ¡s animadamente? Iremos al bosque.

MÃ©rida tirÃ³ de Ã©l, bajando algunos escalones. Hiccup se detuvo.

â€”Â¿EstÃ¡s loca? Â¿Si los guardias creen que me estoy raptando a la princesa?

MÃ©rida se volviÃ³ y le sonriÃ³ cÃ¡lidamente. Hiccup tuvo que alejar su rostro antes de que sus frentes chocaranâ€”Hoy estÃ¡s de suerte, amigo.

MÃ©rida reforzÃ³ su agarreâ€”Se cada rincÃ³n del castillo, saldremos por la cocina.â€”volviÃ³ a decir.

Hiccup asintiÃ³ y la siguiÃ³. No muy convencido. Le seguÃ-a el paso a su compaÃ±era con grandes zancadas, cuando llegaron nuevamente al salÃ³n del trono; los invitados estaban demasiado preocupados en sus bailes y en sus propias conversaciones para notar cÃ³mo la Princesa de Escocia se raptaba al joven vikingo. Evadieron rÃ¡pidamente a los cuerpos que en ese entonces giraban en concordancia con la mÃºsica y se dirigieron a la cocina. Hiccup pudo apreciar con fugacidad la imagen de su padre y el rey riendo a risotadas estrepitosas, burlÃ¡ndose del duende gruÃ±Ã³n del clan Dingwall.

SintiÃ³ un tirÃ³n y descubriÃ³ la mirada de desaprobaciÃ³n de la princesa, Ã©l sonriÃ³ en modo de disculpa: habÃ-a aligerado el paso.

MÃ©rida abriÃ³ suavemente la pesada puerta-con su mano libre-, que permitÃ-a el acceso a la cocina y se encontrÃ³ con una sorpresa desalentadora; parada de espaldas a ella estaba la reina Elinor dando instrucciones y Ã³rdenes para que salieran a tiempo los platillos. MÃ©rida reprimiÃ³ una maldiciÃ³n, se incorporÃ³ torciendo su labio.

â€”MamÃ¡ estÃ¡ adentro, no podremos salir.

â€”Â¿No hay otra salida?

â€”SÃ-, pero es esaâ€”le indicÃ³ con el dedo un gran portÃ³n donde los nobles habÃ-an entrado para dar inicio a la fiesta.

Hiccup curvÃ³ sus labiosâ€”Mala idea, por quÃ© no...â€”girÃ³ su cabeza en busca de alguna salida pero sintiÃ³ un pequeÃ±o tirÃ³n en su brazo derecho, que limitaba sus movimientos, desviÃ³ la vista y reciÃ©n notÃ³ la mano de MÃ©rida aÃºn sostenida con la suya.

â€”Â¿QuÃ© pasa?â€”preguntÃ³ curiosa la pelirroja, percibiÃ³ la sonrisa burlona del muchacho y abriÃ³ los ojos desmesuradamente cuando sintiÃ³ que los dedos de Hiccup se movÃ-an suavemente en un

intento que parecÃ-a mÃ¡s de uniÃ³n que de alejarseâ€”Â¡Ay, perdÃ³n!â€”chillÃ³, muerta de la vergÃ¼enza y soltando la mano.

Justo en ese momento la puerta de la cocina se abriÃ³ detrÃ¡s de MÃ©rida, y saliÃ³ la reina seguida por una fila de siete jovencitas que traÃ-an sobre sus brazos bandejas con bocadillos. La princesa se volviÃ³ y con un semblante de victoria entrÃ³, sin olvidar arrastrar a Hiccup hacia la cocina.

El espectÃ¡culo era realmente impresionante, pero MÃ©rida hizo caso omiso de cÃ³mo una docena de cocineras corrÃ-an de un lugar a otro preparando y limpiando la cocina. La muchacha sonriÃ³ y guiÃ³ a Hiccup hacia la salida, fue en cosa de segundos que ambos estaban bajo un cielo estrellado y con la suave brisa nocturna acariciÃ¡ndoles la piel de sus rostros.

â€”Â¡QuÃ© emociÃ³n!

â€”Algo dentro de mÃ- me dice que no estamos haciendo lo correcto.

Ella se encogiÃ³ de hombrosâ€”Â¿Y? MamÃ¡ sabe que me aburren Ã©stas fiestasâ€”la princesa arrugÃ³ su nariz con alegrÃ-aâ€”Dime que tÃº estabas disfrutando mucho.

Hiccup se cruzÃ³ de brazos, mirÃ¡ndola con reproche.

â€”Estabas a solas con tu cuadernoâ€”riÃ³, y rÃ¡pidamente caminÃ³ con paso apurado. El joven vikingo la siguiÃ³ contrariado por las confianzas que tomaba la muchacha, era extraÃ±o, pensaba Ã©l, que no mostrara ni un dejo de timidez ante alguien. El sonido de la tierra y las piedras que pateaba en cada paso fue lo Ãºnico que se escuchÃ³ a medida que se acercaban al establo, donde dormÃ-a cÃ³modamente un caballo de pelaje azabache. La princesa lo acariciÃ³ con un infinito cariÃ±o, antes de arrimarse a Ã©l con agilidad.

.

Tal vez no era lo correcto, tal vez ya habÃ-an descubierto que Ã©l y la princesa escaparon de la fiesta. Hiccup suspirÃ³, suponiendo en cuÃ¡ntos problemas se verÃ-a metido avanzadas las horas; mentalmente ya tenÃ-a una respuesta y argumento a su favor en caso de que le pidieran la palabra: simplemente, al ver a la princesa sin compaÃ±Ã-a decidiÃ³ charlar un momento afuera, para despejar sus mentes.

Aun asÃ- poco y nada podÃ-a pensar en aquel instante; moderando su agarre Hiccup observÃ³ sus manos rodeando la cintura de MÃ©rida, lo peor de todo era intentar reprimir su nerviosismo, porque entre cada galope las manos del muchacho se deslizaban levemente hacia arriba, sobre la suave tela del vestido de MÃ©rida, sentÃ-a sus dedos aprisionar con delicadeza la piel de la muchacha. SintiÃ³ un excesivo calor en su rostro y temÃ-a que sus manos temblaran ante el torrente de emociones que se generaba en su interior con una abrasadora fuerza. IntentÃ³ concentrarse, sobre todo cuando los rebeldes rizos de la princesa le acariciaban el rostro, provocÃ¡ndole un cosquilleo insistente en su estÃ³mago.

â€”Â¿Hacia dÃ³nde quieres ir? â€”preguntÃ³, Ã©l. Completamente extraÃ±ado por el desenlace de los hechos.

â€”Quiero enseÃ±arte algo, Hiccupâ€”MÃ©rida se volviÃ³ a Ã©l, y le sonriÃ³â€”Hace mucho tiempo que no tengo compaÃ±Ã-a en mis viajes y como sois un explorador: te sorprenderÃ¡ lo que os enseÃ±arÃ©.

Al poco tiempo, llegaron al destino deseado. Hiccup observÃ³ a su alrededor, a pesar de la bruma y la obscuridad del lugar, logrÃ³ divisar un bello paisaje que lo dejaron sin aliento. Estaban justo en la entrada de un saucedal; se extendÃ-a en hileras de Ã¡rboles que formaban un recodo. Las ramas y hojas caÃ-an elegantemente al igual cortinas dando el aspecto de finas telas verdosas que rozaban a penas la tierra; algunos sauces habÃ-an perdido sus hojas por las fuertes rÃ¡fagas gÃ©lidas y estaban envueltas con delgadas capas de escarcha, fue entonces que lo vio...justo al final del camino habÃ-a un pequeÃ±o ojo de mar. Hiccup levantÃ³ sus cejas, con curiosidad: parecÃ-a el lugar perfecto para ocultar algo, o mÃ¡s bien...

â€”Â¿AquÃ- vienes todo el tiempo?

MÃ©rida se acercÃ³ justo a su lado y asintiÃ³: orgullosa por haber encontrado aquel parajeâ€”Lo descubrÃ- hace muy poco tiempoâ€”sonriÃ³ y se llevÃ³ ambas manos detrÃ¡s de su espalda.

Caminaron en silencio y a medida que avanzaban; la Luna se mostrÃ³ justo enfrente de ellos. ParecÃ-a un pÃ¡rpado caÃ-do y su luz plateada se extendÃ-a sobre las tranquilas aguas del lago. Hiccup formÃ³ un puÃ±o con ambas manos y se hundiÃ³ en sus pensamientos: analizando con detalle la situaciÃ³n, todavÃ-a le parecÃ-a demasiado extraÃ±o que la princesa lo llevara hacia aquel lugar. BajÃ³ la cabeza mientras veÃ-a su pie y prÃ³tesis avanzar hacia el recodo, en un silencio que era acompaÃ±ado por los cantares de los grillos, el aroma a bosque, las pequeÃ±as pisadas de algÃºn animal y el gorgoteo de las ranas.

â€”Es raroâ€”comentÃ³ ella en medio de la mudesâ€”...no estÃ¡s con esas ropas.

Hiccup dejÃ³ caer sus brazos a cada lado de su cuerpoâ€”Â¿A que te refieres?

â€”Antes solÃ-as llevar una especie de armadura y ahora, en cambio, decidiste ponerte algo mÃ¡s elegante.

â€”Era mi traje de jinete, pero papÃ¡ quiso que trajera ropas mÃ¡s adecuadas.

Justo en ese entonces MÃ©rida doblÃ³ hacia su izquierda; desviÃ¡ndose del camino. Ã‰sta curvÃ³ sus labios y fue inevitable que un hoyuelo se le formara en su mejillaâ€”AquÃ- debemos bajar.â€”dijo, indicÃ¡ndole con el dedo una hendidura de metro y medio: donde se admiraban con claridad algunas raÃ-ces que sobresalÃ-an.

Antes de que ella pudiera hacerlo por voluntad propia, Hiccup la sostuvo con delicadeza de su brazo.

â€”Espera.

Ella abriÃ³ los ojos, y vio cÃ³mo el muchacho pasaba frente suyo y bajaba primero, cuando lo hizo, alzÃ³ sus brazos para ayudarla. Las

mejillas de la princesa se tiÃ±eron con un notorio color carmesÃ-â€”P-pero...

â€”Sostente bien, el barro estÃ¡ hÃºmedo y resbaloso.

MÃ©rida asintiÃ³ vehemente, apenada, tomÃ³ la mano de Hiccup y se estremeciÃ³ simultÃ¡neamente cuando el muchacho colocÃ³ su mano libre en la espalda de la joven: la firmeza de sus brazos la dejaron desconcertada, porque al descender Hiccup apenas se habÃ-a movido de su sitio, le sonrÃ-o en forma de gratitud pero cuando deseÃ³ alejarse, inconscientemente la mano del joven vikingo bajÃ³ y sus dedos le acariciaron todo el trayecto de su espalda.

La joven pelirroja se quedÃ³ de piedra, mientras sentÃ-a que su corazÃ³n se aceleraba por algo, que a ella, le parecÃ-a absurdo; la abrasadora sensaciÃ³n del tacto la dejÃ³ inservible de todo pensamiento lÃ³gico. Y temblando, bajÃ³ la mirada; acomplejada..., Â¿desde cuÃ¡ndo era tan tÃ-mida? La respuesta no llegÃ³ a su mente, es mÃ¡s circundÃ³ a travÃ©s de sus dudas y sus recuerdos: alrededor de la tenue imagen de Hiccup.

Siempre le causÃ³ curiosidad. Desde que era pequeÃ±a lo recordaba como un niÃ±o silencioso y sin gracia: aburrido y muy observador de su entorno. SolÃ-a burlarse de Ã©l cada vez que iba a las fiestas del solsticio, porque era la Ãºnica manera de que alguien le hablara sobre Hiccup.

_Siempre le causÃ³ curiosidad. _Pero MÃ©rida era demasiado terca como y para acercase a hablarle, lo veÃ-a en discreto; admirando aquellas rarezas que para los demÃ¡s jÃ³venes no tenÃ-an sentido. Siempre con ese cuaderno que en mÃ¡s de un oportunidad escribÃ-a y trazaba incesantemente o, en una que otra oportunidad, rayaba las hojas malhumorado. Con el pasar de los aÃ±os a medida que crecÃ-a, MÃ©rida escondÃ-a muy profundamente aquella curiosidad incesante por Ã©l. Y cuando cumpliÃ³ los diez aÃ±os: vio al muchacho tan ensimismado en sus pensamientos que llegÃ³ a sentir una punzada de interÃ©s por el joven vikingo. Ã‰l tenÃ-a quince en ese entonces y cuando supo que habÃ-a salvado a su tierra de un gran dragÃ³n; la curiosidad de MÃ©rida aumentaba poco a poco cada vez que le veÃ-a. Nunca se acercÃ³, temÃ-a de parecer entrometida; asÃ- que sÃ³lo saciaba su necesidad admirÃ¡ndole en secreto y cuando su padre solÃ-a recordarlo en las comidas, era en aquel momento la oportunidad perfecta para preguntarle indirectamente al Rey Fergus sobre tal peculiar joven.

â€”Graciasâ€”musitÃ³, sonrojada al paso que sobaba sus manos, perturbada.

â€”Â¿Hacia dÃ³nde es ahora?

Se habÃ-a olvidado incluso donde se encontraban, sobre todo ante la proximidad de sus cuerpos. MÃ©rida intentÃ³ recordar con un esfuerzo gigante, mientras disimulaba su inestabilidadâ€¦

â€”Derechoâ€¦â€”caminÃ³ apresuradamente y casi como un robot.

No fue mucho el tramo, pero atravesaron una pequeÃ±a arboleada antes de llegar a aquel lago donde era poco a poco alimentado por un riachuelo que se extendÃ-a al igual que largos brazos alrededor del

saucedal. Se sentÃ-a el sonido del agua al deslizarse, mientras los Ã¡rboles se agitaban suavemente emitiendo una mÃºsica.

â€”Es aquÃ-. â€”MÃ©rida extendiÃ³ sus brazos, con una sonrisa. Y sintiÃ³ que le darÃ-a una verdadera taquicardia si al muchacho no le gustabaâ€¦

Por fin estarÃ-an solos, no por nada la princesa lo habÃ-a llevado hasta allÃ-. Fue cosa del azar que pudieron encontrarse solos en el castillo; por eso cuando lo vio en medio de la obscuridad anotando algo en su libreta, deseÃ³ enseÃ±arle su lugar favorito del bosque con el Ãºnico propÃ³sito de conocer al muchacho mucho mejor. La princesa se sentÃ³ justo en la orilla apoyÃ¡ndose con sus manos.

Hiccup se encogiÃ³ de hombros y se sentÃ³ a su lado, con tranquilidadâ€”Es extraÃ±o que estemos aquÃ-, Â¿no crees? â€”Ã©l la mirÃ³â€”Porque si no lo piensas de manera detenida, podrÃ-an pensar bÃ¡sicamente queâ€¦

â€”Â¿QuÃ© nos escapamos para hacer cosas de mayores? â€”interrumpiÃ³ MÃ©rida, y al ver la expresiÃ³n boquiabierta del moreno, se largÃ³ a reÃ-r estrepitosamente.

Hiccup rodeÃ³ los ojos, seguÃ-a siendo la misma, pero le gustaba.

MÃ©rida era definitivamente una sorpresa tras otra.

â€”No tengo problema.

MÃ©rida se reincorporÃ³, sin entenderâ€”Â¿De quÃ©?

El castaÃ±o se le acercÃ³ y la joven pelirroja sintiÃ³ un retorcijÃ³n en el estÃ³mago, se echÃ³ hacia atrÃ¡s, manteniendo las distintasâ€”Â¿QuÃ© sabes tÃº sobre esas cosas? â€”riÃ³â€”Eres una niÃ±a.

â€”Â¿Disculpa?â€”MÃ©rida le quedÃ³ observando, con reproche dijo:â€”Â¿Acaso tÃº has tenido la suficiente experiencia?

Hiccup curvÃ³ leve la comisura de sus labios, apenas confundiÃ©ndose con una sonrisa. ParecÃ-a mÃ¡s una insinuaciÃ³n.

â€”Tuve una relaciÃ³n, pero no llegamos a ese nivel.

DesviÃ³ la mirada hacia al frente y la gÃ©lida brisa de invierno le despeinÃ³ el cabello. Los ojos de MÃ©rida se vieron atraÃ-dos hacia el rostro del moreno. SintiÃ³ una horrible punzada de celos, pero en aquel entonces no se hizo problemas, ni le molestÃ³ lo suficiente para suspirar de dolor o decepciÃ³n.

_Se ha enamorado..._pensÃ³, mientras acariciaba sus manos avergonzada por apreciarlo largamente. Ahora que lo meditaba, el muchacho le ganaba en esos temas, tuvo una relaciÃ³n y ella ni siquiera habÃ-a dado su primer beso. Era triste, lamentable. No era que le importara tanto como para sentirse miserable, sino, que le provocaba bastante interÃ©s concebir aquellas emociones. QuerÃ-a sentir un abrazo, un beso, una caricia y el cuerpo de aquel que serÃ-a su novio antes de casarse.

AbriÃ³ los labios para romper el silencio, pero MÃ©rida se vio incapaz de pronunciar palabra alguna, por una extraÃ±a y desfachatada razÃ³n Hiccup entorpecÃ-a sus acciones. RecordÃ³, como otras tantas veces, por quÃ© le producÃ-a tanta curiosidad el muchacho.

â€”Â¿Y?

â€”Â¿Y...?â€”repitiÃ³ ella, una vez mÃ¡s sin comprender.

â€”Â¿HabÃ©is tenido una relaciÃ³n?

MÃ©rida inspirÃ³ profundamente.

Â«Ni siquiera he dado mi primer besoÂ» gruÃ±Ã³ por dentro.

â€”No...â€”respondiÃ³, hinchando el pechoâ€”AquÃ- las cosas son diferentesâ€”la muchacha adoptÃ³ el semblante y el tono de voz de Odric: el juglarâ€”. Los hombres debÃ©is mostraros vuestra valentÃ-a, a la hora de competir por la mano de una chica.

La pelirroja riÃ³â€”En mi caso, puedo darme ese '_lujo' _de que compitan por mÃ-. Si bien luchÃ© para no casarme en contra de mi voluntad, sÃ© que tarde o temprano tendrÃ© que comprometerme...con la Ãºnica diferencia, por supuesto, que ahora puedo elegir.

Hiccup estirÃ³ sus piernas justo cuando MÃ©rida terminÃ³ de hablar, tuvo la absurda idea de participar en los Juegos de las Tierras Altas por MÃ©rida. Se imaginÃ³ en ello y una simple sonrisa se acentuÃ³ en sus labios: era ridÃ-culo viera por donde lo viera.

â€”Hmm...â€”resoplÃ³â€”, llega a sonar casi como un bÃ¡rbaro.

â€”Â¿Por quÃ© lo dices?â€”MÃ©rida inclinÃ³ su cabeza.

â€”Bien, te lo dirÃ©: Tu reino deberÃ-a replantearse seriamente sus mÃ©todos de casamientoâ€”le explicÃ³ apoyÃ¡ndose de sus manosâ€”Que un hombre fortachÃ³n se case con una dama luego de innumerables pruebas que sÃ³lo tengan que ver con el peso de su fuerza: suena estÃºpido..., sin ofender.

La pelirroja le mirÃ³ con un extraÃ±o brillo de bufa, si..._tenÃ-a razÃ³n despuÃ©s de todo: Hiccup pensaba muy diferente a comparaciÃ³n de los otros jÃ³venes._

â€”Lo importante es el intelectoâ€”siguiÃ³ con una leve carcajadaâ€”Un todo mÃºsculos no tiene gracia si no sabe nada.

â€”Es una buena opiniÃ³n, pero lamentablemente son los requerimientos aquÃ-. De todas formas, como lo habÃ©is dicho tÃº mismo, soy una niÃ±a para comprender _estos asuntos._ AdemÃ¡sâ€”continuÃ³, jugando con sus dedosâ€”Â¿QuiÃ©n se enamorarÃ-a de una chica como yo? MamÃ¡ dice que soy demasiado terca y que no tengo gracia ni esencia de una dama femenina: no se bailar, no se comportarme como se debe, no se cerrar la boca, no soy...

â€”Yo creo que eres perfectaâ€”la interrumpiÃ³ Hiccup atropelladamente. Casi confesÃ¡ndose de que secretamente tenÃ-a una obsesiÃ³n por ella, que se alargaba y se profundizaba con el pasar de los aÃ±os. Era hermosa, alegre y divertida: Â¿por quÃ© nadie se daba cuenta? Es que todos los hombres-estÃºpidos hombres-, buscaban a una mujer modelo y sumisa.

MÃ©rida sintiÃ³ que el pecho le estallaba, y que un rubor terrible incendiaba sus mejillas. TitubeÃ³ unas palabras, pero desviÃ³ la mirada hacia abajo abruptamente.

Hubo un silencio.

â€”No te avergÃ¼encesâ€”el muchacho acercÃ³ su rostro al de ellaâ€”es la verdad.

Desde los lejos se podÃ-an ver sus siluetas uniÃ©ndose con lentitud. MÃ©rida percibiÃ³ cÃ³mo el aroma que desprendÃ-a Hiccup se volvÃ-a cada vez mÃ¡s notorio en la abundancia botÃ¡nica. Y cuando alzÃ³ los ojos, descubriÃ³ la proximidad que ambos compartÃ-an.

â€”Â¿Quieres baÃ±arte?â€”apretÃ³ sus manos contra la tierra.

Un halo de decepciÃ³n cruzÃ³ la mirada del joven vikingo. MÃ©rida lo percibiÃ³ y sintiÃ³ que un retorcijÃ³n en su estÃ³mago, acompaÃ±ado de un escalofrÃ-o en su espalda, le advertÃ-an que sus palabras bordearon la inutilidad en ese precioso momento. DejÃ³ escapar una risita nerviosa mientras retorcÃ-a sus dedos.

Pero para su sorpresa, el castaÃ±o se volviÃ³ hacia ella y le sonriÃ³: fue en cosa de segundos que se puso de pie y se quitÃ³ sus zapatos de piel de animal. EstirÃ³ sus brazos y le extendiÃ³ una de sus manos ayudÃ¡ndola a pararse. MÃ©rida aceptÃ³, porque sentir la piel del muchacho era un lujo que sÃ³lo Ã©sta vez se le podÃ-a dar.

Antes de que ella pudiera reaccionar, vio como el muchacho se quitaba su chaqueta con movimientos rÃ¡pidos y precisos, quedando con una simple camisa marrÃ³n apegada a su torso. Ã‰l la tomÃ³ de la mano y la guiÃ³ hacia la laguna. MÃ©rida se detuvo, impresionada.

â€”Â¡No, espera!â€”Hiccup se detuvo.

â€”Â¿Que pasa?

â€”Esto es extraÃ±o...Quiero decir, Â¿no tendrÃ¡s problemas?

El castaÃ±o no le soltÃ³ en ningÃºn momento, caminÃ³ hacia ellaâ€”Â¿Por quÃ© te preocupas?â€”dijo Ã©l, comprendiendo a lo que MÃ©rida se referÃ-a.

HabÃ-a pasado bastante tiempo desde que se marcharon del castillo.

â€”Dijiste que querÃ-as compaÃ±Ã-aâ€”le mirÃ³ con burlaâ€”hace tiempo que no hago algo para divertirme sin pensar en mis responsabilidades, se mi compaÃ±era por esta noche, Â¿quieres?

MÃ©rida moviÃ³ levemente sus dedos, apretados por el agarre del

muchacho, y sintiÃ³ la dura piel de la mano de Hiccup. La sonrisa de MÃ©rida titubeÃ³ en sus labios, siendo una muestra de cuÃ¡n perturbada se encontraba por la situaciÃ³n. ReforzÃ³ su agarre y pasÃ³ por alto los pensamientos negativos de su mente, sabÃ-a que tendrÃ-a problemas, pero le daba lo mismo.

â€”Yo te lo pedÃ- primero.â€”soltÃ³ risueÃ±a.

MÃ©rida caminÃ³ hacia Ã©l.

â€”Lo sÃ©, pero te pido ahora que seamos compaÃ±eros mutuamente sÃ³lo por este instante, Â¿estÃ¡s de acuerdo?

â€”De acuerdoâ€”suspirÃ³.

Casi parecÃ-a que se estaban confesando y decidiendo, ambos, a estar juntos.

Sintieron, de pronto, que les sobrevenÃ-a una marejada de emociones tranquilas, como si el tacto y la sola presencia del otro los relajaba lo suficiente para no desear escapar de aquel lugar, y MÃ©rida se planteÃ³ seriamente si el cansancio de la fiesta o las luces mÃ¡gicas tenÃ-an que ver con _aquella_ sensaciÃ³n que gradualmente se apoderaba de su corazÃ³n, porque no era normal, conociÃ©ndose a sÃ- misma, que la presencia de un hombre la guiara tan fÃ¡cilmente hacia una paz infinita. La respiraciÃ³n de Hiccup la reconfortaba, asi como sus miradas y sonrisas. QuizÃ¡s, por la confianza que llegÃ³ a sentir en aquel instante, no dudÃ³ en llevar su mano libre detrÃ¡s de su espalda, y sostener con la yema sus dedos el lazo que mantenÃ-a apretado su vestido. Hiccup abriÃ³ los ojos de par en par al escuchar una pequeÃ±a fricciÃ³n en el silencio del Bosque.

â€”Â¿QuÃ© haces?â€”el traje de MÃ©rida se soltÃ³ lentamente de su pecho, las sedas cedieron.

â€”Nadaâ€”se encogiÃ³ de hombros. RetirÃ³ con suavidad su mano atada por la del joven y se separÃ³ por un paso, antes de quitarse las mangas.

Hiccup, boquiabierto, sintiÃ³ que se volverÃ-a loco si la veÃ-a des...

â€”No te hagas ilusionesâ€”MÃ©rida se largo reÃ-râ€”, me protege esto, miraâ€”se retirÃ³ completamente el vestido y le mostrÃ³ uno blanco y simple que estaba debajo del otro.

â€”Es un falsoâ€”le explicÃ³ ellaâ€”, se usa para proteger el vestido y simula que el cuerpo se vea mÃ¡s recto y dÃ³cil.

Cuando terminÃ³, ayudada por Hiccup, dejÃ³ el vestido tirado en la orilla del lago. El muchacho observÃ³ la prenda unos pasos mÃ¡s allÃ¡, un tanto incÃ³modo por la situaciÃ³n, pero antes de que pudiera emitir cualquier comentario al respecto sintiÃ³ cÃ³mo los dedos ansiosos de MÃ©rida le sostenÃ-an de una de sus manos, tirÃ¡ndolo de golpe hacia la pequeÃ±a laguna.

TropezÃ³ por un breve instante, pero se estabilizÃ³ justo cuando recibiÃ³ la apremiante sensaciÃ³n del agua rodear sus rodillas: humedeciendo la tela de sus pantalones. Estaba helada.

ObservÃ³ cÃ³mo las faldas del vestido de MÃ©rida flotaban sobre la superficie del agua unos segundos antes de hundirse.

â€”Â¿No tendrÃ¡s problemas por tu prÃ³tesis?â€”preguntÃ³ ella, con una voz cantarina.

Hiccup negÃ³ con la cabeza, apretando sus labios veÃ-a cÃ³mo el agua cristalina de la laguna humedecÃ-a su piel: se acercÃ³ con lentitud hacia la muchacha.

â€”MÃ©rida â€”le llamÃ³â€”El agua estÃ¡ muy frÃ-a.

La pelirroja entrecerrÃ³ sus ojosâ€”No inventes, eres un vikingo. Dudo mucho que seas un impostorâ€”riÃ³.

â€”Â¡Pero no somos suicidas!

La muchacha se largÃ³ a reÃ-r, la imagen de Hiccup malhumorado le hacÃ-a gracia.

â€”Acaso, Â¿montar un dragÃ³n ya no es lo suficientemente suicida?

Haddock se quedÃ³ en silencio. Absorto.

â€”Â¿QuÃ©?â€”intentÃ³ digerir las palabrasâ€”No sÃ© de lo que me hablas...

MÃ©rida sonriÃ³, mientras cogÃ-a la otra mano del joven y lo guiaba hacia las aguas mÃ¡s profundas del lago, le siguiÃ³â€”No te hagas el desentendido. Recuerda que soy la princesa y nuestros padres comparten una antigua amistad. PapÃ¡ me contÃ³ sobre tu pueblo y de las calamidades que se veÃ-an obligados a sufrir.

â€”Los dragones eran los que sufrÃ-an calamidadesâ€”aclaro Ã©l.

Ella asintiÃ³ comprensivamenteâ€”Lo sÃ©, me han contado muchas cosas sobre ti, Hiccupâ€”sonriÃ³ y sus ojos parecieron emitir un brillo de infinito cariÃ±o hacia Ã©lâ€”Eres valiente e inteligente.

Haddock sintiÃ³ cÃ³mo una oleada de calor, pese al frÃ-o del agua, le invadÃ-a su rostro y, azorado, desviÃ³ la mirada.

â€”Â¿Por quÃ© te cuentan esas cosas?â€”tartamudeÃ³.

â€”Para entretener a la princesa con historias antes de irse a dormir.

Le guiÃ±Ã³ el ojo.

Haddock se ruborizÃ³. IntentÃ³ mantener la compostura.

â€”De todos modos no es la gran cosa, todo se lo debo a Toothless.

â€”Â¡Ese es su nombre!â€”exclamÃ³ MÃ©rida con alegrÃ-a y levantando un poco de agua.

El joven vikingo se sobresaltÃ³ dando un respingo ante las palabras

llenas de furor de la pelirroja.

â€”HÃ¡blame de Ã©lâ€”MÃ©rida se apegÃ³ al joven, con entusiasmoâ€”Â¿Es tan genial como lo describiÃ³ mi padre?

â€”Puesâ€¦su especie es un Furia Nocturna, son muy rarosâ€”iniciÃ³ Hiccup, ante los atentos sentidos de la princesaâ€”, es malhumorado, curioso y amigable.

Un tanto sonrojado, el muchacho se rascÃ³ la nuca, mientras le comentaba sobre su extravagante dragÃ³n, a pesar de que se alargÃ³ demasiado en sus caracterÃ-sticas y en algunas vivencias que compartieron ambos, MÃ©rida le prestÃ³ toda la atenciÃ³n.

â€”Pero si quieres, puedo invitarte algÃºn dÃ-a a montar en Ã©lâ€”sonriÃ³.

La joven pelirroja le mirÃ³ con ojos ensoÃ±adores, brillantes y sorprendidos. â€”Â¿De verdad?

Haddock afirmÃ³ con la cabeza, pero, de pronto, sintiÃ³ que todo su ser se tensaba al concebir con perfecta sincronÃ-a el cuerpo de MÃ©rida junto al suyo, le habÃ-a abrazado. Y Ã©l apenas y podÃ-a contener la emociÃ³n por aquello. Se vio sacudido por emociones que llevaban demasiado tiempo adormecidas, pero levemente revividas ante la sola presencia de MÃ©rida cada aÃ±o, era tan absurdo, pensaba, que el verla una sola vez le era suficiente para comprobar que estuviera bien y asÃ-, su corazÃ³n se marchaba a Berk mÃ¡s feliz que de costumbre.

Sin detenerse, el joven vikingo la rodeÃ³ con sus brazos, apegÃ¡ndola mÃ¡s a Ã©l en un intento de protecciÃ³n y de demostrar su afecto por ella.

Y en ese entonces, sus siluetas desde la lejanÃ-a sÃ- se veÃ-an como una sola. MÃ©rida se separÃ³ luego de un profundo silencio y se acariciÃ³ su brazo derecho, avergonzada. Casi sin impedirlo su felicidad se vio reflejada en una taciturna risita que se le escapÃ³ de los labios, se le habÃ-a olvidado por completo que estaba en compaÃ±Ã-a de un muchacho mucho mayor que ella y debÃ-a, por obligaciÃ³n, mantener las distancias.

Aunque esos protocolos no le interesaban tanto, ya que se trataba de Hiccup, el muchacho que le robaba toda la atenciÃ³n en las fiestas del solsticio de invierno.

Ennudecidos y sin la necesidad de hablarse MÃ©rida se alejÃ³ del joven dÃ¡ndole la espalda, jugando con el agua en solitario; se sintiÃ³ tan estÃºpida e impulsiva por haberlo abrazado que no tuvo el valor de seguir a su lado. Tuvo la aniÃ±ada fantasÃ-a de que la besarÃ-a, pero para su mala suerte: no _ocurriÃ³ asÃ-_.

MÃ©rida se humedeciÃ³ sus manos y, acto seguido, se las pasÃ³ por el rostro enrojecido, se golpeÃ³ las mejillas sin hacer mucho estrÃ©pito; auto-convenciÃ©ndose de sus pÃ©simos modales. DebÃ-a trabajar en ellos con mÃ¡s esfuerzo. Justo cuando podrÃ-a haber sido peor, reciÃ©n cayÃ³ en cuenta que su vestido estaba prÃ¡cticamente todo empapado, y eso no era lo mÃ¡s grave de aquella situaciÃ³n: aÃºn con la escasa luz de la noche se notaba con claridad la pÃ¡lida piel

de la princesa pegada a la tela.

Le dio una taquicardia. Y sin pensarlo dos veces se cubriÃ³, pero lo Ãºnico que logrÃ³ fue humedecer mÃ¡s de lo que estaba el falso. TragÃ³ saliva, nerviosa. Hiccup no podÃ-a verla asÃ-.

Y como si le leyera el pensamiento, su salvador depositÃ³ cuidadosamente su chaqueta pudiente sobre los hombros de la pelirroja. MÃ©rida le mirÃ³ por sobre su hombro, acomplejada, pero descubriÃ³ una radiante sonrisa acompaÃ±ada de unos dulces ojos verdes.

â€”AbrÃ-gateâ€”murmurÃ³ como si deseara de todo corazÃ³n que ni los Ã¡rboles le escucharanâ€”Â¿Quieres irte?

MÃ©rida asintiÃ³â€”Creo que estarÃ¡n preocupados.

Cabizbaja y decepcionada, caminÃ³ detrÃ¡s de Hiccup hacia la orilla del lago, mientras se arropaba apresuradamente en un intento desesperado para cubrir su piel que se traslucÃ-a por la delgada tela del vestido, se guiaron por el recodo y se encontraron con Angus unos pasos mÃ¡s allÃ¡ de donde habÃ-an bajado la primera vez.

Avanzando sin Ã¡nimos, la pelirroja princesa chocÃ³ contra la espalda del castaÃ±o.

Fue entonces cuando ocurriÃ³.

Sin pensarlo dos veces, Haddock adosÃ³ su rostro lo suficiente hacia el de MÃ©rida, con una sola intenciÃ³n:_ besarla._

La muchacha perdiÃ³ el aliento, cuando de pronto sintiÃ³ que algo cÃ¡lido y dulce se posaba en sus labios. DisfrutÃ³ del momento, sintiendo cÃ³mo se estremecÃ-a al ser rodeada con fuerza por los brazos del joven vikingo. De la nada, soltÃ³ la chaqueta y de puntillas se apegÃ³ mÃ¡s a Ã©l. Hiccup sonriÃ³ sobre sus labios, apremiÃ¡ndola por su astucia. Y aunque el beso fue un tanto torpe, MÃ©rida no pudo evitar ruborizarse al sentir de pronto como si un centenar de mariposas echaran a volar a la vez en el interior de su pecho, rozando su corazÃ³n con alas luminosas.

_._

Cuando llegaron al castillo se sorprendieron de que nadie hubiese preguntado por ellos, ni siquiera cuando una vez adentro, los invitados-algo borrachos-, y las sirvientas no repararon en su presencia. QuizÃ¡s por eso, MÃ©rida pudo volver a su habitaciÃ³n sin problemas, se despidiÃ³ de Hiccup con un abrazo y un beso simple en los labios. Estaban cansados y el frÃ-o baÃ±o que se dieron en la laguna consumiÃ³ sus Ãºltimas fuerzas. Pero no por ello dejaron de sentirse felices ante su nuevo descubrimiento.

MÃ©rida conociÃ³ al fin aquella experiencia, los labios le hormigueaban al igual que sus mejillas. Y en esa noche el sueÃ±o parecÃ-a abandonarla, porque sus sentimientos por fin habÃ-an logrado tomar un peso considerable en su pecho y repetÃ-an constantemente el recuerdo.

Hiccup, en cambio, durmiÃ³ en una habitaciÃ³n de invitados, en una cama separada a la de su padre. Y en silencio, en medio de la

obscuridad de la noche, temiendo de despertar a su padre, una entorpecida sonrisa se apoderÃ³ de sus labios: Reviviendo una y otra vez el momento exacto cuando besÃ³ a la princesa. Con aquella imagen se quedÃ³ dormido profundamente, aunque de repente los fuertes ronquidos de su padre no le dejaban reconciliar el sueÃ±o, por unos minutos que parecÃ-an eternos.

Al otro dÃ-a todos los nobles y los barones del rey se marcharon a sus respectivos dominios, agradeciendo la parsimonia de los platillos y la acogida en la celebraciÃ³n. Sin olvidarse, por supuesto, de darle las bendiciones a la familia real. MÃ©rida tuvo que soportar todas esas parafernalias junto a su padre y madre.

Y cuando por fin todos se esfumaron de su radal espacial, la pelirroja corriÃ³ frenÃ©ticamente hacia su cuarto y por primera vez se preguntÃ³ seriamente sobre su aspecto fÃ-sico... Â¿la razÃ³n? Hiccup y su padre se quedaron unos dÃ-as mÃ¡s en el castillo.

Y en toda aquella semana, escondidos y en secreto: MÃ©rida e Hiccup conversaban largas horas del dÃ-a, comÃ-an juntos cuando todos estaban dando la siesta y, sin ojos curiosos que los observasen: ellos aprendÃ-an poco a poco a descubrirse. Al principio estaban demasiado perturbados por sus sentimientos que le devoraban el corazÃ³n, pero ante la madurez y la templanza de Hiccup; MÃ©rida se sentÃ-a segura en sus brazos y no sintiÃ³ miedo de dejarse llevar por sus nuevas emociones. Se encerraban en los dormitorios por las noches y se sorprendÃ-an de las necesidades que experimentaban al estar cerca del otro_._

Pudieron, al fin, saciar su curiosidad. EntregÃ¡ndose al otro sin dilemas, ni aturdimientos.

Pero no todo es para siempre, bien sabÃ-a MÃ©rida, ya que su madre se lo repetÃ-a cada vez que podÃ-a, esos largos y fascinantes dÃ-as tuvieron su fin. Y al pie del gran puente del castillo la princesa de Escocia tuvo que despedirse de su querido vikingo, el muchacho se mantuvo serio y ocultando su turbaciÃ³n interior, dÃ¡ndole la estabilidad que MÃ©rida necesitaba demostrar en aquel instante: la despedida era dolorosa.

Aun asÃ-, cuando Fergus y Estoico se dieron un apretÃ³n de manos, Hiccup se situÃ³ justo en frente de la muchacha, esperando la reverencia antes de hablar.

â€”Les doy mis mayores bendiciones, princesaâ€”Hiccup sonriÃ³.

Y MÃ©rida no pudo evitar corresponderla.

â€”Mis mejores deseos a ti y a tu pueblo.

â€”Hasta el prÃ³ximo aÃ±o.

Aquellas palabras le rompieron el corazÃ³n en mil pedazos, pero a segundos de haber sido dichas el joven vikingo se le acercÃ³ con timidez.

â€”VendrÃ© en dos dÃ-as mÃ¡sâ€”le susurrÃ³ en el oÃ-doâ€”No pienso dejarte, Â¿entiendes?

MÃ©rida asintiÃ³, antes de ver cÃ³mo Estoico y su hijo se subÃ-an al

carruaje, difuminÃ¡ndose lentamente en el linde del bosque.

Hiccup observÃ³ la figura de la princesa desaparecer, cuando ya no quedaban rastros del castillos, ni menos de la muchacha, el joven se acomodÃ³ en su sitio recibiendo como recompensa una curiosa e interesada mirada por parte de su padre.

â€”Parece que habÃ©is entablado una amistad muy fascinante con la princesa.

Hiccup soltÃ³ una carcajadaâ€”Algo asÃ-.

â€”Â¿CÃ³mo lo habÃ©is pasado, hijo?

Ã‰l tardÃ³ en responder, pero le mirÃ³ directamente a los ojosâ€”IncreÃ-ble.

Estoico alzÃ³ sus cejas sorprendido, Hiccup en un principio no estaba muy alegre ni motivado a asistir a la fiesta del Solsticio de Invierno. Y esa sola palabra le dejÃ³ desconcertado. Algo le estaba ocultando y antes de pudiera preguntar la razÃ³n, Hiccup apretÃ³ sus labios.

Lo hacÃ-a cada vez que estaba nervioso por algo.

â€”Y tambiÃ©n descubrÃ- algo en esta semana.â€”comentÃ³ de repente.

â€”Ah, Â¿si?

Haddock asintiÃ³â€”Que me enamorado de la Princesa, y estoy dispuesto a volver aquÃ- a pedir la mano de ella.

.

.

.

* * *

><p>De antemano, muchas gracias por leer, espero sus comentarios tanto de aprobaciÃ³n como de crÃ-ticas para que mejore algunos aspectos que quizÃ¡s no les haya gustado.<p>

CuÃ-dense, les deseo lo mejor.

Khione.

End
file.